

LA MUERTE DEL VAZIR-MUJTAR

YURI TYNIÁNOV

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE FERNANDO OTERO MACÍAS



CAPÍTULO TERCERO

*Hay dos tipos de hojas de ruta:
las de los viajes privados se entregan con un solo sello;
las de los oficiales, con dos.*
«LOS VIAJES EN SILLA DE POSTA»

I

Poco a poco fueron metiendo en la maleta: *billets doux*²³⁰ de Kátenka; libros de contabilidad —doble, triple—, que ahora le interesaba más que las antigüedades y que las abstracciones; ropa interior; el proyecto, devuelto por Rodofínikin; un mechón de Lénochka; el *chekmén* georgiano y el frac del uniforme.

Poco a poco todo eso se fue aplastando en la maleta.

Y la *brichka*²³¹ poco a poco echó a andar.

¡El viaje! ¡Ay, valles, colinas, esto y aquello, la campanilla!

¡También los ríos, serpenteando, por así decir, en sus cauces luminosos!

¡El cielo, con esas nubes tan naturales en él!

230 Notas amorosas.

231 La *brichka* (o *brizka*) era un carruaje ligero, pero generalmente espacioso, empleado sobre todo en viajes largos.

Nada de nada: todo eso lo había visto y lo había recorrido treinta veces.

El viaje es el viaje. Calor, polvo y moscas. Los estros devorarán sin descanso a los caballos, que no pueden ni moverse.

Dos o tres viajeros con una maleta y un baúl, en una calesa corriente de cuatro plazas, necesitan cuatro caballos. Pero un consejero de Estado, como cualquier otro funcionario de la cuarta clase, precisa de ocho.

Ahora tenía el grado de consejero de Estado y viajaba con Sashka, pero su título no era cualquier cosa: ministro plenipotenciario.

No obstante, en el reglamento de viajes no se contemplaba ese título. ¡Un título para pavonearse! Equivalía, como poco, al título de senador, y todos los senadores pertenecían a la segunda clase, y les correspondían ni más ni menos que quince caballos.

En la posta, el maestro de postas resolvió la cuestión a su manera y, tras una discusión, le concedió diez caballos. Diez caballos era lo que les correspondía a los contralmirantes, los obispos y los archimandritas que asisten al Sínodo.

Esto era tan inadecuado como innecesario: diez caballos, cuando necesitaban solo la fuerza de cinco; más tarde se desprendió rápidamente de ellos en las postas, pero al principio los había cogido solo como una travesura.

No tardó en cansarse de las espaldas de los maestros de postas que se inclinaban ante él; le concedió ese honor a su equipaje y siguió galopando en su *brichka*, solo con Sashka, de incógnito.

Una *brichka* es como una vivienda: en el cuarto del norte, el vino y las provisiones; en el del sur, la ropa y los libros. Todo lo

que necesita un hombre. Solo que con menos espacio libre y menos movimiento. Los caballos se mueven por ti.

La actividad sedentaria que desplegaba aquí, en el camino recto y polvoriento, lo dejó pasmado.

Cuántas conversaciones, cuántas sonrisas, cuántas hechuras diversas en su propio semblante descontento.

Pudo hablar hasta hartarse a gente extranjera, empleando palabras extranjeras.

Pudo jugar hasta hartarse a un juego enloquecido con los autores, algo que era como tocar en un teclado tapado con un paño.

Vivía enajenado, vivía en esas personas que estaban con él a cada instante, todas ellas personas sensatas o que pretendían serlo, todas ellas auténticas personalidades: militares, diplomáticos, literatos.

¿Cómo eran esas personas?

Vivían en función de su vestimenta, se movían de acuerdo con su vestimenta: iban a donde las llevaba su vestimenta.

—¡Aleksandr! ¿Ya has vuelto a dormirte? Mira, un alto en el camino. ¿De verdad no te das cuenta de que los caballos están parados? Saca vino y un poco de carne. Vamos a sentarnos debajo de ese roble. Cochero, descansa un poco, amigo. ¿De qué provincia eres?

Lénochka le había pedido en el momento mismo de la despedida:

—Alexandre, venga a vernos a Karlovo.

(Karlovo era una hacienda de Faddéi en Livonia, adquirida para la vejez).

Entonces ella le había dado un mechón y había sollozado.

Lo había hecho en serio, hay que ver.
La niña caucasiana desapareció de su campo de visión.

El roble al borde del camino recordaba a una columna rostral de la Bolsa de San Petersburgo, pero retorcida.

La víspera de su partida había estado en una de esas columnas, subiendo hasta lo alto sin un propósito definido. La vista era espléndida: tejados multicolores, cúpulas doradas de iglesias, el Nevá en todo su esplendor, barcos y mástiles.

Algún día —cuando las columnas hayan sobrevivido a la capital— los viajeros subirán allá arriba y preguntarán: pero ¿dónde estaba el palacio? ¿Dónde estaban las catedrales? Y discutirán.

Rodofínikin, el del dátíl,²³² no había querido pagarle un mes por adelantado, se lo había birlado. ¡Ay, ese dátíl!

¡Ay, tú, jefazo asiático! ¡Su excelencia! ¡Homúnculo-forúnculo, tu madre en un pedúnculo!

Que nadie se lo recuerde, o tendrán que llegar a Asia aún más aprisa.

En la casa de postas.

—¿Qué estáis leyendo, amigos?

—Han publicado una nueva proclama, sobre la guerra.

232 Como ya señalamos en una nota anterior, hay un juego de palabras basado en la semejanza —y la eventual relación etimológica— entre el apellido Rodofínikin, de origen griego, y el término ruso *finik*, «dátíl».

—¿Qué tiene de nuevo? Salió en abril, fue entonces cuando se declaró. Llevamos ya casi tres meses combatiendo.

—Lo único que sabemos es que los persas están otra vez peleando con nosotros, y que no hacen más que llevarse reclutas. Se han llevado a todos los de nuestra aldea.

—¿Cómo que los persas? Ahora estamos en guerra con los turcos.

—¿Por qué con los turcos? Ahí pone que son persas.

—No estás leyendo bien. Ahí habla de las causas de la guerra.

—Qué más da la causa ni la guerra. Qué sabemos nosotros. De nuestra aldea, de Krivtsovka, ya se han llevado a todos los reclutas.

Kátenka: esa sí que era una mujer dulce.

Se presentó en su casa para despedirse, y la encontró vestida de amazona.

—Voy con usted, Aleksandr.

—¡Qué cosas dice, Káténka! ¿Qué le ocurre, querida?

Y cómo suspiró ella entonces.

El caso es que estaba confundiéndolo todo. Káténka se había vuelto una patriota, como todas las actrices, y se había comprado un atuendo de amazona: se disponía a cambiar el teatro Bolshói por el teatro bélico.

—Que Dios la bendiga, Káténka, pero ¿dónde pretende usted combatir? Ni siquiera yo voy a la guerra.

Un viejo soldado estaba sentado en una garita al borde del camino, durmiendo.

—¿Qué estás haciendo aquí, abuelo?

—Vigilo.

—¿Qué vigilas?

—El camino.

—Y ¿quién te ha puesto aquí para que vigiles?

—Son órdenes del emperador Pablo.

—¿Pablo?

—Llevo treinta años vigilando. Fui a la ciudad a informarme, me dijeron que había una nota sobre la pitanza, pero las órdenes se habían perdido. Así que yo vigilo.

—Entonces, ¿te han dejado aquí vigilando?

—Y ¿qué más puedo hacer? Ya he dicho que las órdenes se han perdido. Hace cinco años enviaron una solicitud, pero no hubo respuesta. Me proporcionan la pitanza.

El maestro de postas le dijo que tenían que esperar, no había caballos disponibles. Se paseó por el patio. Un cochero le estaba dando avena a unos caballos.

—¿Estás libre, buen hombre?

—Ahora mismo estoy libre, pero el maestro de postas ha dicho que hay que esperar a un general.

Le dio una *grivna*²³³ de propina al cochero.

Al maestro de postas:

—Entonces, amigo, ¿estás esperando a un general? Anda, dame unos caballos.

Y al hombre le entraron las prisas.

Así era como había que actuar: empezando por el cochero, no por el maestro de postas.

233 Una *grivna* equivalía a diez kopeks.

En cambio, en San Petersburgo había llevado *La desgracia* directamente al ministro responsable de censura. Había apuntado demasiado alto. Le habían dicho esto y lo otro, habían sido amabilísimos con él, pero no había sacado nada en limpio. Ahora *La desgracia* estaba en manos de Faddéi.

Solo era un hombre, al fin y al cabo, quería tener su propia casa. Le tenía miedo al vacío, eso era todo. De momento no quería pensar en Persia. Suficiente por ese día. Todo es sencillo en este mundo, y puede que no hubiera mejor compañero que Sashka.

¿Cuánto necesita una persona?

Las estepas de Vorónezh.

Abajo, en el valle, mugía un novillo. Dos hombres, muy despacio y con desgana, conducían un carro de heno tirado por bueyes y se dirigían al camino de arriba.

Los tábanos mordían a los bueyes, y estos no se movían. Uno de los hombres, el más gordo, los arrastraba tirando de los cuernos, y el otro gritaba desde el carro como un condenado y sacudía a los bueyes con un palo. El buey de la derecha se quedó clavado en el sitio, como si llevara allí cien años. Seguidamente se paró el otro. Entonces el hombre que estaba en el carro se bajó a toda prisa, se tumbó en una zanja y empezó a fumar.

El sol abrasaba. Más abajo, una mujer joven estaba cantando.

—Me quito la máscara. Una nueva luz ha brillado para mí.

—¿Qué dispone? —preguntó Sashka.

—Vamos a torcer por ahí, amigo mío. Cochero, pasaremos aquí la noche.